

LA LABORIOSIDAD COMO UNA VIRTUD ESENCIALMENTE JUDEOCRISTIANA

Gabriel Zanotti

Introducción

Se ha expandido tanto la imagen del “espíritu protestante del capitalismo”¹, y de las virtudes asociadas generalmente al comercio (productividad, austeridad, sacrificio, puntualidad, frugalidad, cumplimiento de los contratos) como necesariamente relacionadas con una visión calvinista de la propia salvación, que se ha olvidado que la laboriosidad, la santificación personal por y en el trabajo, es un mandato del Génesis que no tiene que ver con la división entre protestantes y católicos. Hasta se podría decir que ese laicado activo que produce el protestantismo en el siglo XVI es un recordatorio al catolicismo de su propia tradición.

La cuestión del trabajo

Dios creó al ser humano a su imagen y semejanza y los puso en el paraíso “para trabajar”². El cansancio y la fatiga del trabajo son una consecuencia del pecado original, no de ese mandato originario. Hay muy poco estudiado sobre en qué pudiera haber consistido ese trabajo antes del pecado³, o qué relación tendría ello con una eventual escasez, pero ello no debe hacer olvidar que el mandato inicial del cristianismo era el trabajo.

En ese sentido, “trabajo” podría significar algo universal: el llamado del Evangelio a todo ser humano a desarrollar sus talentos,

a ponerlos al servicio de Dios y del prójimo... O sea, el “trabajo de ser persona”⁴, la “visión y misión” de descubrir el centro del yo y desplegar sus alas.

Por supuesto, *in abstracto* esto incluye todas las vocaciones. Pero las circunstancias históricas posteriores a la caída del Imperio Romano de Occidente impulsaron una fuerte tendencia a que seguir los consejos evangélicos se identificaba con la vida monacal. La distinción entre trabajo manual e intelectual, en las circunstancias del medioevo, favoreció esa tendencia, y aun en el siglo XX, el libro de un gran pensador como Pieper, *El ocio y la vida intelectual* (Pieper, 1962) refuerza aún más la visión de que el catolicismo es afín a la contemplación, al ocio creador, favorable a la oración, al pensamiento, a la “fiesta” como celebración, mientras queda al capitalismo protestante el “neg-ocio”, la negación del ocio, y por ende el activismo, o sea Marta que se ocupa de muchas cosas mientras solo una es la importante.

Vida laical y trabajo

Pero la *Lumen gentium*, al redefinir la teología del laicado, implica una visión más positiva del laico que está en el mundo. El laicado no es más el último furgón de cola del tren del cristianismo; no es más “el que no tiene vocación”, no es más el que se encuentra “trabajando porque no le quedó otra opción”, o porque no fue tan perfecto como para ser sacerdote o monje. El laicado es el llamado a estar en el mundo, es el llamado a santificar al mundo y santificarse en el mundo, por medio, precisamente, de la familia y el trabajo:

Con el nombre de laicos se designan aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros del orden sagrado y los del estado religioso aprobado por la Iglesia. Es decir, los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde. El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. Pues los miembros del orden sagrado, aun cuando alguna vez pueden ocuparse de los asuntos seculares incluso ejerciendo una profesión secular, están destinados principal y expresamente al sagrado ministerio por razón de su particular vocación. En tanto que los religiosos, en virtud de su estado, proporcionan un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el

espíritu de las bienaventuranzas. A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según los mandatos de la Iglesia. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor (LG, 31).

El Vaticano II también debe recordar que lo natural, lo no sacro, tiene un valor en sí mismo para el catolicismo, y no un mero esperar la vida eterna:

Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia. Si por autonomía de la realidad se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte (GS, 36).

El texto se refiere a la ciencia, pero se puede aplicar perfectamente a la sana autonomía de lo natural en el ámbito del trabajo como santificación del mundo.

Por lo tanto, ese laicado activo, productivo, que se expande a partir de la Reforma, no es privativo de Lutero, sino que retrospectivamente se puede interpretar como un recordatorio de que la Providencia quiso dar al catolicismo sobre sus propias características. Claro que no es verdad la doctrina calvinista de la predestinación negativa absoluta, que dio como origen la búsqueda

del éxito comercial como signo de no haber caído en ella. Pero el laicado trabajando en el mundo, llevando adelante todas las actividades humanas seculares, como vocación y como llamado, es lo que debe ser propiamente en el catolicismo. Las circunstancias históricas son un *per-accidens*; la doctrina es, en cambio, esencial.

Por lo tanto, no es verdad que el “neg-ocio” tenga un carácter negativo intrínseco respecto a la vida de oración del cristiano. Entre las muchas cosas que el cristiano está llamado a santificar y a santificarse, está la actividad comercial y empresarial, que no sólo se puede, sino que se debe (en el catolicismo) vivir santamente con las virtudes que le son propias, nombradas al principio. Que esto haya sido poco trabajado hasta el momento⁵ muestra que aún el Vaticano II no ha hecho carne luego de siglos de desbalance espiritual.

A su vez, no hay contraposición entre Marta y María: porque si alguien se ocupa de lo principal, o sea de la esencia de su yo (Zanotti, 2009), y lo descubre, las alas de su propio ser se despliegan. El “hacer” es un despliegue del ser; cuando no es un escapismo o una alienación. Hay Marta cuando hay María.

La importancia de *Sollicitudo rei socialis*

En este sentido, uno de los documentos del magisterio católico más importantes sobre esta cuestión es la *Sollicitudo rei socialis* de Juan Pablo II. En efecto, dice allí el pontífice:

La historia del género humano, descrita en la Sagrada Escritura, incluso después de la caída en el pecado, es una historia de *continuas realizaciones* que, aunque puestas siempre en crisis y en peligro por el pecado, se repiten, enriquecen y se difunden como respuesta a la vocación divina señalada desde el principio al hombre y a la mujer (cf. *Gén* 1, 26-28) y grabada en la imagen recibida por ellos. Es lógico concluir, al menos para quienes creen en la Palabra de Dios, que el «desarrollo» actual debe ser considerado como un momento de la historia iniciada en la creación y constantemente puesta en peligro por la infidelidad a la voluntad del Creador, sobre todo por la tentación de la idolatría, pero que corresponde fundamentalmente a las premisas iniciales. Quien quisiera renunciar a la *tarea, difícil pero exaltante*, de elevar la suerte de todo el hombre y de todos los hombre, bajo el pretexto del peso de la lucha y del esfuerzo incesante de superación, o incluso por la experiencia de la derrota y del retorno al punto de partida, faltaría a la voluntad de Dios Creador. Bajo este aspecto en la Encíclica *Laborem exercens*

me he referido a la **vocación del hombre al trabajo**, para subrayar el concepto de que siempre es él el protagonista del desarrollo. Más aún, el mismo Señor Jesús, en la parábola de los talentos pone de relieve el trato severo reservado al que osó esconder el talento recibido: «Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí (...) Quitadle, por tanto, su talento y dádsele al que tiene los diez talentos» (Mt 25, 26-28). **A nosotros, que recibimos los dones de Dios para hacerlos fructificar, nos toca «sembrar» y «recoger». Si no lo hacemos, se nos quitará incluso lo que tenemos.** Meditar sobre estas severas palabras nos ayudará a comprometernos más resueltamente en el *deber*, hoy urgente para todos, de cooperar en el desarrollo pleno de los demás: «¡desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres» (SRS, 29).

Estas palabras no son privativas de un protestantismo que ahora Juan Pablo II trata de alcanzar, sino de una consecuencia judeocristiana que estaba en potencia. El laicado protestante las pasa al acto y eso fue para el catolicismo *un recordatorio providencial de su propia espiritualidad*.

Culturas matutinas y vespertinas

Mariano Grondona sostiene (Gronodona, 1999) que hay culturas que se podrían considerar “matutinas” en el sentido de que son “9 a 5”: lo más importante, en esas culturas, es el trabajo. Lo que sucede luego de las 5 p. m. no importa. En otras culturas, más “latinas y católicas”, lo importante sucede a partir de las 5 pm. Son “vespertinas”. El trabajo hay que hacerlo, sí, “no queda otra”. Pero la vida familiar, las reuniones con los amigos, son “lo” importante. El trabajo se toma verdaderamente como un castigo divino.

Alguien va a decir que no se puede generalizar así pero creo que Grondona no está recurriendo a un estudio empírico sino a un método hermenéutico: está señalando un horizonte de comprensión. Los juegos de lenguaje corroboran esto. En Argentina, por ejemplo, la palabra “laburo” está dentro de un contexto de drama, de castigo, de pesada carga de la cual sólo “los ricos” pueden liberarse. Los tangos y las canciones populares lo ratifican.

En este sentido, hay una escena de la serie *The West Wing* (temporada 6, cap. 9), donde hay una expresión en inglés que tiene un juego de lenguaje casi incomprensible para algunas latitudes. El presidente tiene que cerrar un importante tratado comercial con China y “casi” no puede hacerlo por su avanzada esclerosis

múltiple. Debido a ésta cae en el baño del hotel y su esposa corre a ayudarlo. Casi desesperado, abrumado, le dice a su esposa: “*I can’t do the job Abby. I can’t do the job!*”.

Sintácticamente, parece fácil. Culturalmente es intraducible. “No puedo hacer el trabajo”, o “no puedo trabajar” es algo que “un presidente” en ciertos países latinoamericanos no diría nunca. Para un argentino, por ejemplo, un presidente no se levanta y dice “me voy a trabajar”. Eso lo dice “el que no tiene más remedio” que trabajar. Para un latinoamericano, un presidente no “trabaja”: es *presidente...*

Para un anglosajón, en cambio, el trabajo es algo cuasisagrado. No quiere decir esto que deba ser algo sagrado, pero que sea totalmente esencial en su vida, más allá del dinero, es algo esencial. Es verdaderamente su vocación, su misión, su ubicación social. Desde un punto de vista religioso, es lo que está llamado a hacer en la vida. Y por eso incluso un sacerdote puede decir, luego de un tiempo de no ejercer su sacerdocio, “*we are back in business*” con un sentido de “*business*” que de vuelta es intraducible a otras culturas.

Eso no es privativo de “lo protestante y anglosajón”. Lo ha sido *per accidens*, pero es esencialmente la visión judeocristiana del trabajo, de la vida y del mundo, que fue plasmada primero por el laicado protestante y recordada de ese modo al catolicismo que finalmente termina advirtiendo que es su propia espiritualidad. Costará mucho, desde luego, dar vuelta usos y costumbres de siglos, pero con la libertad religiosa, la laicidad del estado, la clara distinción entre jerarquía y laicos ha pasado igual pasado igual y sucede igual. Lo histórico va y viene. Lo doctrinal es.

Conclusión

Lo que he enseñado siempre (dijo en su momento Escrivá de Balaguer, hoy San José María⁶) ,desde hace cuarenta años, es que todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser realizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres). Porque hecho así, ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales, a manifestar su dimensión divina, y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del mundo: se eleva así el trabajo al orden de la gracia,

se santifica, se convierte en obra de Dios, *operatio Dei, opus Dei*" (Escrivá de Balaguer, 1986).

El trabajo bien hecho, la aplicación al trabajo, la concentración en el trabajo, el ofrecer el trabajo cotidiano a Dios y por ende al prójimo, debe ser parte de la praxis espiritual cotidiana de todo cristiano, sea cual fuera su estado y condición. Es un mandato del judeocristianismo y pertenece tanto a la tradición reformada como al corazón mismo del catolicismo.

Notas

- 1 Nos referimos a la clásica obra de Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, FCE, edición de 2011.
- 2 Génesis, 15. Las traducciones varían: cultivar, cuidar. La vulgata dice "...ut operaretur et custodiret".
- 3 Santo Tomás se ocupó del tema en I, Q. 102, a. 3, pero dentro de sus circunstancias históricas.
- 4 He desarrollado el tema en Zanotti (2009)
- 5 Las excepciones son Novak (1981), Novak (1996) y Sirico (2000).
- 6 Es una lástima que Escrivá de Balaguer no sea más citado en los temas de teología del laicado, tal vez por este temor: que el lector crea que el que lo cita pertenece al Opus Dei. Yo lo cito sencillamente como un autor más, relevante en este tema.

Referencias

- Escrivá de Balaguer, J. (1986). *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*. Madrid: Rialp.
- Gronodona, M. (1999). *Las condiciones culturales del desarrollo económico*. Buenos Aires: Planeta.
- Novak, M. (1981). *El espíritu del capitalismo democrático*. Buenos Aires: Tres Tiempos.
- Novak, M. (1996). *Business as a calling: Work and the examined life* (Trade paperback ed.). New York: Free Press.
- Pieper, J. (1962). *El ocio y la vida intelectual*. Madrid: Rialp.

- Sirico, R. (2000). The Entrepreneurial Vocation. *Markets and Morality*, 3(1), 1–21.
- Zanotti, G. (2009). *Existencia humana y misterio de Dios*. Tucumán: UNSTA.